

DAVID ROHRBACHER, *The Play of Allusion in the Historia Augusta*, Madison: University of Wisconsin Press, 2016, xiv + 246 pp. ISBN 978-0-299-30600-7.

La tesis nuclear de este libro viene a ser que la *Historia Augusta* no solo se construye en gran medida mediante alusiones más o menos veladas a otros textos literarios –lo que resulta evidente desde una primera lectura de su texto y ha sido puesto de relieve en innumerables ocasiones–, sino que la alusión es en realidad el motivo fundamental de la obra. Su autor, David Rohrbacher, había publicado en los últimos años diversos estudios sobre historiografía tardía y se había ocupado también concretamente de la *Historia Augusta* y de sus fuentes (“The sources of the *Historia Augusta* re-examined”, *Histos* 7, 146-80) desde una perspectiva de la que este libro constituye una clara extensión.

Conviene señalar de buen principio que dicha tesis no es tan innovadora ni tan revolucionaria como se nos anuncia insistentemente en las primeras páginas del libro, ni el estado de la investigación sobre la *Historia Augusta* tan gris y apolillado como Rohrbacher lo pinta: “I offer a new theory of the genesis of the work that requires a new method of interpretation. Even more important, I hope to rescue the *Historia Augusta* from its current confinement to a dusty museum storeroom, where a handful of late antique historians and philologists occasionally poke and prod at its text through the thick pelt of a century of abstruse notes and speculations” (p. ix); o, en parecidos términos: “The study of the *HA* has traditionally been undertaken by historians who seek to identify the authentic historical material the work contains and discard the rest. I propose in this book to offer, by contrast, a literary study of the work that begins with understanding the author as a creative inventor” (p. 4). En cuanto al predominio de la mirada histórica sobre la mirada filológica en los estudios sobre la *HA*, el autor debería haber señalado que esa tendencia se ha equilibrado mucho en los últimos decenios, gracias a numerosos trabajos recientes –algunos se echan de menos en su bibliografía, como varios de Callu, Festy, Bruggisser, etc.–. Y, por lo que se refiere a la novedad de su propuesta, a nadie se le ocultará su vinculación con una hipótesis bien conocida de sir Ronald Syme, la de que el autor de la *Historia Augusta* fuese un “rogue scholar” que se regodease en lo que Chastagnol denominó “les délices de l’imposture”.

Rohrbacher, ciertamente, va un poco más allá. Para él, la *Historia Augusta* es solo aparentemente una colección de biografías: su objetivo no reside en informar a los lectores sobre las vidas de los emperadores y usurpadores.

No es, en fin, biografía literaria, sino solo literatura y como tal debería ser tratada. ¿Cómo llega el autor a tales conclusiones? Para comenzar, analiza las citas de autores clásicos, como Cicerón, Plinio, Horacio y Virgilio, y acaba señalando que el uso de la alusión en la obra es hasta tal punto extravagante que no puede estar concebido para un público que pudiésemos llamar generalista. En su opinión, el autor de la *HA* se dirigía más bien a un círculo seguramente pequeño de personas familiarizadas con las técnicas de alusión en la literatura antigua y, asimismo, con las características y los límites de los géneros literarios; un cenáculo, en fin, experto en lo que podría llamarse “group-reading”, esto es, en la lectura y exégesis colectiva de textos literarios a la manera tal vez de los que nos describen Aulo Gelio o Macrobio. Más aún, para Rohrbacher, muchos de los pasajes que la crítica ha interpretado como expresión de las ideas del propio autor –como las referencias a textos de Jerónimo o de Amiano Marcelino– vendrían tan solo a ser meras excusas para el mecanismo de la alusión y el juego de la literatura. Esta perspectiva permitiría, además, liberar de tales alusiones la cuestión de la datación de la obra, que Rohrbacher sitúa finalmente entre 408 y 410.

Esta vendría a ser, muy en resumen, la tesis de un libro que, como puede verse, parte de un análisis literario pero acaba repercutiendo en algunas de las grandes cuestiones abiertas en torno a la *HA*: su datación, su autoría y su propósito (lo que, desde Mommsen, se conoce como *cui bono?*). Es de lamentar, por esa misma razón, que Rohrbacher no haya incluido en el debate trabajos recientes muy importantes –y polémicos– sobre estas cuestiones, como algunos de Stéphan Ratti (“Mon *Histoire Auguste*”, *Anabases* 10, 2009, 89-97; *Antiquus error. Les ultimes feux de la résistance païenne*, Turnhout 2010; “Les ultimes feux de la résistance païenne dans l’Antiquité tardive”, *Revista de História* 2010, 79-99; *Polémiques entre païens et chrétiens*, Paris 2012, “La date et la diffusion de l’Histoire Auguste”, *REA* 114.2, 2012, 567-80 y “Fiction, déconstruction et religion: l’effacement du sens dans l’Histoire Auguste”, en C. Bertrand-Dagenbach, F. Paschoud, eds., *Historiae Augustae Colloquium Nanceiense*, Bari 2014, 419-33) o de Michel Festy (“Les Nicomaques, auteurs de l’Histoire Auguste. La jalousie des méchants”, *Comptes rendus des séances de l’Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* 148.2, 2004, 757-67 y “Autour de l’Historia Romana de Symmaque le Jeune”, en C. Bertrand-Dagenbach, F. Paschoud, eds., *Historiae Augustae Colloquium Nanceiense*, Bari 2014, 243-64); también se echa de menos la ausencia de la obra editada por Rita Lizzi Testa, *The Strange Death of Pagan Rome*, Turnhout 2013 –que es contrabalance de la monografía de Alan Cameron, *The last Pagans of Rome*, Oxford 2011–.

En última instancia, la *HA* sigue siendo, como dijo Syme y Rohrbacher sabe, “the most enigmatic work that Antiquity has transmitted”. Por ese motivo, cada nueva aproximación a su problemática parece resolver algunas de las muchas preguntas abiertas, pero lo hace al precio de suscitar otras

nuevas. Y la monografía de Rohrbacher no es una excepción. La idea de que el juego literario es inherente al método de redacción del autor de la *HA* parece, a estas alturas, innegable. Pero situar ese juego como exclusiva motivación de la obra se nos antoja exagerado. ¿Por qué, si así hubiese sido, el juego habría de establecerse sobre un material tan complejo y tan sensible, como las biografías imperiales y no sobre cualquier otro tema, infinitamente más sencillo y menos comprometido? ¿Cómo se explicaría, además, en tal caso la diferente textura en las fuentes historiográficas empleadas entre las diferentes *Vitae*? ¿Y qué implicación habría tenido ese procedimiento en la creación de una autoría heteronímica o en el juego de cronologías entre tiempo narrado, tiempo fingido y tiempo real? ¿Y por qué un procedimiento creativo de este tipo, sin parangón en la abundantísima literatura pseudo-epígrafa, no parece haber producido más obra que la *HA*?

Es cierto que Rohrbacher apunta algunas hipótesis al respecto de estas y otras cuestiones que va abriendo en su libro, pero no acaban de resultar del todo satisfactorias. Naturalmente, su concepción de la obra y de su autor le otorgan algunas ventajas: cualquier cabo suelto puede ser explicado como una broma literaria sobre el texto de su fuente y cualquier elemento, en suma, como una invención absoluta del autor. Y quizás en algunos de esos casos la lúdica sea, en efecto, la razón verdadera del pasaje. Pero en la *mythistoria* que la *HA* configura, no solo hay literatura de ficción: las bromas y las veras se suceden, dialogan y se amalgaman en una proporción que no admite, por desgracia, ser expresada con una fórmula simple. Si se me permite concluir con uno de esos juegos de palabras banales tan del gusto de su autor, la *HA* es, sin duda, un texto intensamente alusivo, pero todavía extraordinariamente elusivo.

JAVIER VELAZA
Universidad de Barcelona
javier.velaza@gmail.com

